Capítulo XII. — De cómo el traidor Bertin hizo acudir con mentidas razones al rey de la isla Lanzarote con los suyos para apoderarse de sus personas.

Gadifer estaba en la isla de los Lobos, y Bertin en Lanzarote, en el castillo del Rubicon, despues de su vuelta de la isla Graciosa; dos habitantes de la Canaria se presentaron á Bertin y le manifestaron

La isla Graciosa, vista de la isla de Lanzarote.

que los españoles habian desembarcado con intencion de aprisionarlos. Bertin, que tenia á la sazon una lanza en la mano, les contestó: « Yo iré á hablar á los españoles, y si se atreven á tanto les mataré ó me matarán, lo juro ante Dios. » Y salió del castillo del Rubicon, acompañado de muchos de sus aliados y cómplices que habitaban en dicho castillo. Con este acompañamiento se dirijió á un pueblo llamado la Aldea Grande, donde encontró algunos de los magnates del país, y les dijo. « Id, y haced que venga el rey con su séquito aquí, que les defenderé de los ataques de los españoles. » Los isleños creyeron sus palabras por la fé y confianza que tenian en Betancour y en los suyos; y fueron á la Aldea hasta veinticuatro de ellos créyendose completamente seguros. Bertin los recibió con la mayor cordialidad y les hizo servir de cenar. Habia ademas dos isleños, un hombre llamado Alfonso y una mujer llamada Isabel, que Betancour habia llevado de Francia en su nave para que le sirvieran de intérpretes en Lanzarote.

Capítulo XIII. — De cómo Bertin, despues de haber aprisionado al rey, le llevó á la nave *Tajamar*.

Cuando hubieron los isleños concluido su cena, les dijo Bertin que podian dormir tranquilamente y sin temor, que él les guardaria el sueño. Unos se durmieron y otros no; y cuando á Bertin le pareció oportuno, se apoderó de la puerta espada en mano, y mandó á los suyos les prendieran y ataran. Lo que se efectuó, esceptuando uno llamado Auago, que pudo escaparse. Despues de atados viendo que iba á ser descubierto y que no podria apoderarse de otros, se puso en marcha, dirijiéndose á la isla Graciosa donde estaba anclada la nave española *Tajamar*, llevando consigo los prisioneros.

Capítulo XIV. — De cómo el rey burló la vigilancia de los guardias que le habia puesto Bertin, y se escapó.

Cuando el rey conoció la traicion de Bertin y de sus compañeros, y el ultraje que se le hacia, como era hombre atrevido, robusto y poderoso, rompió sus ligaduras, y deshaciéndose de los tres hombres que le guardaban, se puso en fuga: uno de los guardias le persiguió, pero el rey volviéndose brusca-

mente, le dirijió un golpe que le derribó, y los demas amedrentados no se atrevieron á acercársele. Era ya la sesta vez que por su valor se habia librado de los cristianos. Bertin, cual otro Judas, entregó

La isla de Lanzarote, por el lado del sudeste.

los veintidos prisioneros que quedaban en su poder á los españoles de la nave *Tajamar*, para que los llevaran consigo y los vendiesen como esclavos en país estranjero.

Capítulo XV. — De cómo los compañeros de Bertin se apoderaron del batel que Gadifer habia enviado á hacer víveres.

Bertin se quedó en la nave, y envió á Blessi con algunos de sus aliados al Rubicon; allí estaba el batel que habia enviado Gadifer á buscar víveres. Entonces los compañeros de Bertin decidieron llevar á cabo su empresa, y ausiliados de algunos gascones, sus compañeros, se apoderaron del batel y saltaron á bordo; mas Remonet de Leneden, apercibiéndose de ello, corrió apresuradamente para echarles de él. Blessi se precipitó á Remonet espada en mano y poco faltó si no le dejó tendido á sus piés. Se hicieron mar afuera, y los que habian quedado en tierra amenazaban de muerte á los de Gadifer si se atrevian á querer recuperar el batel, y diciendo que Bertin y los suyos eran los que debian quedarse con él aunque Gadifer y su comitiva tuviesen que morir de hambre. Algunos de los de Gadifer que estaban en el castillo del Rubicon, rogaron en vano para que les devolviesen el batel para llevar víveres á la isla de los Lobos donde Gadifer y los suyos moririan en breve de hambre si no se les ausiliaba; pero nada consiguieron.

Capítulo XVI. — De cómo Bertin envió el batel de la *Tajamar* á buscar los víveres de Gadifer.

El dia siguiente, á las tres de la tarde, llegó el batel de la *Tajamar* al puerto del Rubicon, con siete hombres de tripulacion. Los de Gadifer les preguntaron qué se les ofrecia, los del bote contestaron que Bertin les habia enviado allí, diciéndoles al dejar la nave que él llegaria al mismo tiempo que ellos. Los aliados de Bertin hicieron gran destrozo de los víveres que habia en el Rubicon y que eran de Betancour, quien los habia dejado á Gadifer y comitiva, repartiéndolos con la mayor equidad, esceptuando un tonel de vino que estaba aun sin repartir.

Capítulo XVII. — De cómo Bertin entregó las mujeres que estaban en el castillo á los españoles, quienes se las llevaron á la fuerza.

Por la noche, Bertin fué por tierra al castillo del Rubicon, acompañado de treinta hombres de la *Tajamar*, á quienes dijo: « Tomad pan y vino y todo lo que halleis; maldito sea el que deje algo que pueda llevar! » Y tambien entregó á los españoles algunas mujeres francesas que habitaban el castillo á pesar de la resistencia que opusieron. Los españoles las llevaron á viva fuerza y casi arrastrando del castillo al puerto, sin hacer caso de los gritos y de la desesperacion de aquellas infelices.

Luego empezó Bertin á gritar : « Sepa Gadifer de la Salle que si fuese jóven como yo iria á matarle, pero por respeto á su edad no lo hago. Si me pasa por las mientes mandaré á la isla de los Lobos quien le ahogue, y así podrá pescar los lobos marinos. » Así agradecia el cariño y afecto que le profesaba Gadifer.

Capítulo XVIII. — De cómo mandó Bertin cargar de víveres los dos bateles.

El dia siguiente mandó Bertin cargar en el batel de Gadifer y en el de la *Tajamar* las harinas, y cuanto equipaje pudo y un tonel de vino, el único que allí habia, destruyendo é inutilizando cuanto no pudieron llevar, así de víveres como de armas con doscientas cuerdas de arco y mucha abundancia de hilo para hacer cuerdas para ballestas que llevó consigo, como tambien toda suerte de armas de que habia abundante provision, hallándonos reducidos á deshacer un cable viejo que nos dejaron para tener cuerdas para los arcos y para las ballestas; sin esas pocas armas arrojadizas que conservámos, estábamos espuestos á ser atacados y destruidos á cada momento, pues los isleños tienen un miedo indecible á los arcos. Los españoles se llevaron tambien cuatro docenas de dardos, y dos cofres de Gadifer con todo cuanto encerraban.

Capítulo XIX. — De cómo Francisco Calvo mandó por Gadifer á la isla de los Lobos.

Cuando hubieron marchado los bateles á reunirse con la nave, los de Gadifer, considerando los apuros en que este debia encontrarse por falta de víveres, enviaron á los dos capellanes con dos escuderos del castillo, á la nave *Morella* que estaba en el puerto de la Graciosa, junta á la *Tajamar*, para suplicar al patron enviase socorros á Gadifer, que se hallaba en la isla de los Lobos en peligro de muerte, pues hacia ocho dias se hallaba sin víveres. El patron movido de lástima, en vista de la traicion de Bertin, envió á uno de sus compañeros llamado Jimenez á la isla de los Lobos, en una barquilla bien cargada de víveres y con cuatro hombres de la comitiva de Betancour, y pasaron á la isla en una navecilla y tuvieron una travesía de las mas horribles, aunque solo fué de cuatro leguas.

Capítulo XX. — De cómo Gadifer volvió á Lanzarote en una barquilla.

Gadifer continuaba en la isla de los Lobos sufriendo la sed y el hambre; por las noches tendia una sábana en el campo para recojer el rocío, por las mañanas la retorcia, recojia las gotas y las bebia y así apagaba la sed. Como ignoraba lo que habia hecho Bertin, se quedó sorprendido al oirlo contar. Entró entonces en la barquilla con Jimenez y sus cuatro compañeros, y se dirijió al Rubicon.

Capítulo XXI. — De cómo los dos capellanes ray Pedro Bontier y Juan le Verrier fueron á la nave *Tajamar*.

Los dos capellanes estaban á bordo de la *Morella* hacia ya algunos dias, cuando vieron llegar del Rubicon los dos bateles con los víveres que nos habian quitado. Entonces suplicaron al patron de la nave les acompañase á bordo de la *Tajamar*, como lo efectuó acompañado de Pedro du Plesis y de Guillermo de Alemania. Bertin aseguró que todo lo que habia llevado le pertenecia, poniendo por testigos á los dos capellanes quienes contestaron. « Lo que nosotros sabemos muy bien, es que la primera vez que vinisteis con Betancour no teniais nada ó casi nada : que el mismo Betancour os

entregó cien francos de Paris cuando acometió la empresa, que con la ayuda de Dios llevará á cabo para honra suya. Pero lo que aquí habeis traido es de Betancour y de Gadifer, como es fácil observar por las libreas y divisas de esos señores. » A lo que contestó Bertin que pensaba ir luego á España donde estaba Betancour, y que le devolveria lo que le perteneciera. Antes de dejar la nave, dijeron á Bertin que les dejara á Isabel la isleña, pues sin ella no podian entenderse con los habitantes de las islas : y que les devolviera el batel que les habia tomado pues no podian pasar sin él. A lo que contestó Bertin que no era suyo, sino de sus compañeros, y que ellos harian lo que quisiesen. Entonces los dos capellanes y escuderos se apoderaron á la fuerza del batel. Los compañeros de Bertin, en vista de esto, cojieron á Isabel, y por una de las portas de la nave la arrojaron al mar; donde hubiera perecido, sin los capellanes y escuderos que la recojieron en el batel y la llevaron consigo. Al poco tiempo la nave se hizo á la vela. Y estas eran las obras de Bertin.

Capítulo XXII. — De cómo Bertin dejó en tierra á sus compañeros y se marchó con la presa.

Bertin continuaba en la nave con sus compañeros de fechorías, pero como no pensaba mas que en deshacerse de ellos, á pesar de que todo se lo debia, pues sin ellos no hubiera podido realizar sus infames proyectos, se manejó de modo que todos fueron desembarcados, y todo por miedo que no se deshicieran de él. Cuando los tuvo en tierra, les dijo que se gobernaran como pudiesen, pues que no los llevaba en su compañía ni habia jamas pensado en ello.

Capítulo XXIII. — De cómo los compañeros que Bertin dejó en tierra, llenos de desesperacion, se encaminaron á país sarraceno.

Esos hombres, desconcertados y temiendo la cólera de Betancour, de Gadifer y tambien de los compañeros de este último, se dirijieron á los capellanes y escuderos, diciéndoles que Bertin, despues de haber hecho traicion á su capitan, les habia tambien vendido á ellos. Algunos de ellos se confesaron con Juan le Verrier, capellan de Betancour, y le dijeron que si su capitan Gadifer queria perdonarles, prometian servirle toda su vida con lealtad; rogaron á Guillermo de Alemania fuese á Gadifer para obtener su perdon, y les comunicase la respuesta de este. Pero un momento despues, temiendo su venida, se apoderaron del batel y en él se alejaron mar adentro, temiendo la cólera del capitan, y se dirijieron desesperados al país de los moros (¹), poco distante de las islas. Llegados á la costa de Berberia, junto á Marruecos, se ahogaron diez de ellos, y los dos restantes fueron apresados por los moros y hechos esclavos : uno murió al poco tiempo, y el otro, que se llama Siot de Lartigue, quedó en poder de los infieles.

Capítulo XXIV. — De cómo Betancour llegó á España, y naufragio de la nave de Gadifer.

Volvamos á Betancour, quien llegó al puerto de Cadiz en la nave, que segun decian era de Gadifer. Sabiendo Betancour que los tripulantes de la nave eran, en general, gente maliciosa y ruin, hizo de modo que los principales fuesen detenidos y puestos en prision, encargándose él del gobierno de la nave. Se presentaron unos negociantes para comprarla, pero Betancour no quiso venderla, pues era su inten-

(¹) El nombre de moros, que entre los antiguos estaba limitado á los habitantes de la Mauritania, se estendió despues á un crecido número de individuos y se aplica en nuestros dias á una gran parte de los indígenas de la Argelia, del imperio de Marruecos, de Biledulgerid, del Estado de Sidy-Hescham y del Sahara.

cion volver á las islas Canarias con esta y otras naves, bien provistas de víveres. Mandó conducir la nave á Sevilla, y durante la travesía naufragó, perdiéndose con ella efectos de mucho valor pertenecientes á Gadifer. Betancour llegó al puerto de Barrameda. Lo que se recojió del naufragio ascenderia á unos 500 doblones, de los que Gadifer nada aprovechó, segun se dice. Poco tiempo antes del naufragio del buque, Betancour habia salido de Cadiz para trasladarse á Sevilla, donde el rey de Castilla tenia su córte. Halló en esta ciudad á Francisco Calvo que habia llegado de las islas Canarias, quien ofreció á Betancour volver á ellas inmediatamente si queria enviar víveres á Gadifer. Betancour le contestó que pensaba hacerlo lo mas pronto posible, pero que antes era indispensable se presentase al rey de Castilla que estaba entonces en Sevilla, lo que efectuó sin demora.

Capítulo XXV. — De cómo la nave *Tajamar* arribó á Cadiz conduciendo los prisioneros.

Algunos dias mas tarde arribó la *Tajamar* á Cadiz, llevando á su bordo á Bertin con unos pocos de sus aliados y los pobres isleños de Lanzarote, que habian apresado á traicion para luego venderlos como esclavos en tierras estrañas. Estaba tambien á bordo un tal Courtille, trompetero de Gadifer, quien acusó inmediatemente é hizo poner presos á Bertin con todos sus compañeros en las cárceles del rey, cargándoles de hierros. Al mismo tiempo, informó á Betancour, que se hallaba en Sevilla, de cuanto habia ocurrido, diciéndole que si queria venirse á Cadiz veria esos pobres isleños de la Canaria. Betancour se quedó atónito al saber semejantes nuevas, y le contestó que á la mayor brevedad posible pondria á todo remedio, pero que en aquellos momentos no podia ponerse en marcha, por tener de un momento á otro que presentarse ante el rey de Castilla para hablar de este y de otros asuntos. Mientras Betancour daba los pasos necesarios para ver al rey, un tal Ferrando de Orduña condujo la nave á Aragon, con los prisioneros y el cargamento, y lo vendió todo.

Capítulo XXVI. — De cómo Betancour prestó homenaje al rey de España.

Cuando Betancour salió de las islas Canarias, dejándolas al cuidado de Gadifer y prometiendo á este volver en breve con víveres y gente de refresco, poco podia presumir los desórdenes que ocurrieron despues de su partida. Pero se concibe que teniendo que tratar con un príncipe de la valía del rey de Castilla, no es fácil en breve tiempo arreglar asuntos de tal importancia como eran los que llevaron á Betancour á presentarse al rey. Este recibió á Betancour con mucha benignidad y le preguntó qué le queria. Betancour dijo : « Señor, vengo á pediros ausilios; y el permiso de conquistar y convertir á la fé cristiana las islas llamadas Canarias de donde vengo ahora despues de dar comienzo á mi empresa, y en las que he dejado mi gente, que aguarda mi regreso con impaciencia, y al frente de ella un caballero llamado Gadifer de la Salle, que me ha acompañado en mi espedicion. Y por ser vos el rey y señor de todo el país inmediato á esas islas, y el rey cristiano mas próximo, por eso me dirijo á vos pidiéndoos la gracia de que os digneis aceptar el homenaje que de ellas os hago. » El rey lleno de gozo le dió la bienvenida, y ponderó mucho su valor y voluntad por haber venido de un país tan lejano como era el reino de Francia para adquirir gloria y honor, y para hacerle homenaje de una cosa que, segun sus cálculos, estaba á mas de 200 leguas de distancia, y de la que no habia oido hablar nunca : le dijo que acceptaba su oferta y homenaje y que le acordaba cuanto quisiere ; le concedió el señorío, en cuanto fuese posible, de las islas Canarias ; y ademas le cedió la quinta parte de todas las mercaderías que de las islas viniesen á España, cuyo derecho conservó por mucho tiempo Betancour. Le mandó entregar 20 000 maravedís, para atender á Gadifer y á los que habian quedado en las islas. Esta suma dispuso Betancour fuese entregada en Sevilla á Enguerrando de la Boissiere, quien correspondió indignamente á esta confianza, pues se asegura que el tal la Boissiere se marchó á Francia, llevándose lo menos parte

de esa suma. Betancour reparó prontamente ese contratiempo, y no les faltaron víveres. Acordóle el rey permiso para acuñar moneda en las Canarias, lo que tuvo efecto cuando se halló en pacífica posesion de estas islas.

Capítulo XXVII. — De cómo Enguerrando de la Boissiere vendió el esquife de la nave que naufragó.

Enguerrando de la Boissiere vendió el esquife de la nave que naufragó y guardó el dinero. Escribia fingiendo enviar víveres á las islas, por cuya razon Gadifer y los suyos estuvieron faltos de lo mas necesario hasta que Betancour les socorrió. Un tal Juan de Lesecases acusó ante Betancour á Enguerrando, de no cumplir con su deber por lo que hacia al dinero que el rey le habia mandado entregar. Entonces Betancour se presentó al rey y le rogó le proporcionara una nave tripulada para acudir al socorro de los que estaban en las islas. El rey mandó entregarle una nave bien provista, tripulada por mas de ochenta hombres ; cuatro toneles con vino, diez y siete sacos de harina, y otras muchas cosas que le hacian falta tanto en armas como en provisiones. Betancour escribió á Gadifer, diciéndole que lo mas pronto que le fuese posible iria á reunirse con él, que hiciese trabajar mucho á los hombres que le enviaba, y que habia hecho homenaje de las islas Canarias al rey de Castilla. Le habló tambien de la buena acojida que el rey le habia dispensado, de los dones y ofrecimientos que le habia hecho, y que esperaba hallarse pronto en su compañía. Por último, le dijo la sorpresa que le causó el saber las fechorías de Bertin, y le aconsejaba por fin que olvidase lo pasado, y no pensase mas que en el porvenir.

Gadifer estuvo contentísimo, al leer la carta, por la venida del buque y demas que le decia, solo le disgustó el que Betancour hubiese hecho homenaje de las islas al rey de Castilla, pues él contaba tener parte y porcion en dichas islas, cosa que jamas se le habia ocurrido á Betancour. Este estaba activando sus preparativos de viaje, pues su único deseo era acabar pronto la conquista de las islas. Poco tiempo despues salió de Sevilla con una poca gente que le dió el rey, y bien provisto de toda especie de armas, se dirijió á Canarias.

Capítulo XXVIII. — Nombres de los que vendieron á Gadifer, á los de la isla de Lanzarote, y á sus compañeros.

Bertin, Pedro des Liens, Ogerot de Montignac, Siot de Lartigue, Bernardo de Castellenau, Guillermo de Nau, Bernardo de Mauléon llamado el Gallo, Guillermo de Salerno llamado Labat, Mauro de Conrenge, Juan de Bidouville, Bidaut de Hornay, Bernardo de Montauban, Juan de l'Aleu, el Bastardo de Blessi, Felipe de Baslieu, Oliverio de la Barre, el Grand Perrin, Gil de la Bordeniere, Juan le Brun, Juan le Cousturier de Betancour, Pernet el albeitar, Jacobo el panadero, Miguel el cocinero; los mas de ellos eran de la Gascuña, de Anjou, de Poitou, y tres de Normandía. Dejaremos esta materia y hablaremos de Gadifer y de la compañía.

Capítulo XXIX. — De cómo los naturales de Lanzarote se apartaron de los de Betancour escarmentados por la traicion de Bertin.

Mucho fué el descontento de los naturales de Lanzarote, al verse presos y maltratados á traicion. Decian que nuestra fé y nuestras leyes no eran tan perfectas como nosotros les deciamos, puesto que sin el menor reparo nos engañábanos y vendíamos unos á otros, sin distinguir los amigos de los enemigos. Huyeron de nosotros conservándonos tal rencor que nos mataron mucha gente lo que fué una lástima.

CAPÍTULO XXX. — De cómo uno de los principales de la isla Lanzarote, llamado Ache, hizo proponer que prenderia al rey.

Con todo esto quedamos nosotros desacreditados, nuestra fé despreciada, y muchos de los nuestros muertos y no pocos heridos. Gadifer pidió le fuesen entregados los autores de esos desórdenes, amenazándoles con que mataria á cuantos cayesen en sus manos, si desatendian su peticion. En este intérvalo se le presentó un isleño llamado Ache que pretendia ser rey de la isla de Lanzarote [1], y tuvo con Gadifer una larga conversacion. Algunos dias despues Ache envió su sobrino, que era el intérprete que Betancour trajo consigo de Francia, para que nos hiciera saber que el rey nos aborrecia, y que mientras viviese, no esperásemos conseguir nada, sino á la fuerza . siendo el rey el solo culpable de los asesinatos de nuestra gente; ofreciendo al mismo tiempo darle los medios para apoderarse del rey y de todos los culpables. Gadifer muy gozoso aceptó el ofrecimiento, y le mandó decir tomase bien sus medidas y que le avisase cuando fuese llegado el momento oportuno.

CAPÍTULO XXXI. — De cómo Ache vendió á su rey, esperando vender mas tarde á Gadifer y á los suyos.

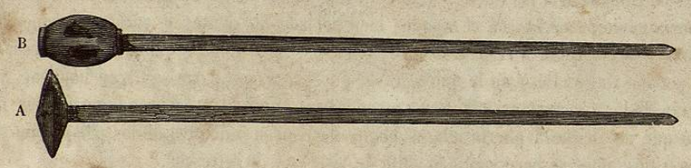
Ache meditaba una dobla traicion. Preso el rey, intentaba perder á Gadifer y á los suyos, contando para ello con su sobrino Alfonso, que nunca se separaba de nosotros. Ache sabia muy bien que teniamos poca gente para defendernos, y creia empresa fácil el destruirnos completamente.

Cuando Ache creyó llegado el momento favorable para prender al rey, envió á Gadifer un emisario para que se le reuniera, pues el rey se hallaba en uno de sus castillos con cincuenta de los suyos. Gadifer se puso inmediatamente en marcha con sus compañeros. Esto acaeció la víspera de Santa Catalina del 1402; anduvo toda la noche, y al despuntar el dia, llegó á una casa donde se hallaban reunidos, conspirando contra nosotros. Gadifer creia poder entrar en la casa, pero la entrada estaba bien guardada, y se defendieron con tenacidad hiriéndonos algunos hombres. Cinco de ellos salieron á socorrer á los de afuera, y solo despues de un combate en el que quedaron tres de ellos gravemente heridos, penetró Gadifer con los suyos y les aprisionó, poniéndoles mas tarde en libertad, á peticion de Ache, por no ser de los que habian muerto á los nuestros. Solo el rey y un tal Alby quedaron presos, y echándoles una cadena al cuello, les condujo al sitio donde los nuestros habian sido asesinados. Allí queria Gadifer que Alby fuese decapitado. Mas el rey aseguró que Alby no era del número de los asesinos, y que si averiguaba era culpable, él mismo mandaria cortarle la cabeza, ofreciendo ademas entregar á Gadifer los verdaderos asesinos. Entonces se encaminaron todos al Rubicon, donde le echaron dos pares de esposas, de las que se libró unos dias despues por ser muy anchas y estar mal hechas. En vista de esto, Gadifer mandó encadenarle, y quitarle un par de esposas que le lastimaban horriblemente.

[1] El rey Guadarfia era hijo de una princesa llamada Ico cuyo nacimiento pasaba por ilegítimo. Asche ó Atchen, su pariente, y uno de los gefes mas poderosos de la isla, se valió de esto para apoderarse de la autoridad suprema. El consejo de los guayres (los nobles de Lanzarote) decidió someter á Ico á una prueba bárbara. La encerraron con tres mujeres del pueblo en una bóveda en la cual introdujeron un humo denso y continuo; Ico debia soportar esta prueba si su nacimiento era legítimo, en tanto que sus tres compañeras debian sucumbir. Dícese que la salvó una anciana aconsejándola que tuviera en la boca una esponja empapada en agua. Este resultado satisfizo á los Guayres; Ico salió ilesa, en tanto que las tres mujeres del pueblo murieron sofocadas. Reconocido puro su orígen, su hijo Guadarfia fué proclamado, y Atchen se vió precisado á obedecerle, aunque reservándose poner otra vez sus planes en ejecucion si la ocasion se presentaba. Se aprovechó de la llegada de los europeos. — V. Viera, *Noticias*.

CAPÍTULO XXXII. — De cómo Ache indicó á Gadifer que seria nombrado rey.

Algunos dias despues fué Ache al castillo del Rubicon, y acordaron que él seria el rey á condicion de que así él como los suyos recibirian el bautismo. El rey, en cuanto le vió, esclamó con despecho : *Fore troncquevé*, esto es, « traidor infame. » Ache se separó de Gadifer y se puso las insignias reales, que



A, Anepa ó baston de mando de los menais ó príncipes de Tenerife. — B, Cayado de los antiguos guanches [1].

consistian en una especie de corona ó mitra de cuero adornada de conchas. Pasados unos dias Gadifer envió algunos de los suyos para pedir cebada, pues carecian casi de pan. Reuniéronla en bastante cantidad y la dejaron en un castillo que habia construido en otros tiempos Lancelote Maloisel, y siete hombres se encaminaron al Rubicon con el objeto de buscar gente para trasladar á él la cebada. En el camino, les salió al encuentro el nuevo rey Ache con algunos de los suyos, y demostrándoles mucha amistad, anduvieron juntos largo trecho. Pero Juan le Courtois y sus compañeros se mostraron recelosos de la compañía y marchaban agrupados, sin dejar se les acercaran : solo Guillermo de Andrac iba entre ellos sin sospechar nada malo. Cuando los isleños creyeron llegado el momento, acometieron á Guillermo y le derribaron causándole trece heridas, y hubiesen acabado con él á no ser por Juan y sus compañeros que, en vista de esto, se echaron sobre ellos vigorosamente, lo sacaron de sus garras y lo llevaron al castillo del Rubicon.

CAPÍTULO XXXIII. — De cómo el rey se fugó del Rubicon, y de la muerte que mandó dar á Ache.

En la noche de este dia, el rey se escapó de las prisiones del Rubicon, llevando consigo las esposas y cadenas que le tenian sujeto. Llegado á su palacio, mandó prender á Ache, le hizo apedrear, y quemar su cadáver. Dos dias despues, la gente que habia quedado en el antiguo castillo, sabiendo lo ocurrido á Juan le Courtois, á Andrac y compañeros, cojieron un isleño que con ellos estaba, le llevaron á lo alto de una montaña donde le decapitaron, y pusieron su cabeza en el estremo de un palo muy largo para que fuese visto de todos, y desde este momento principió la guerra contra los isleños. Prendieron á muchos con sus mujeres é hijos; muchos de ellos se encerraron en sus cuevas, la mayor parte divagan por los campos, y otros quedan en el castillo para guardar los prisioneros. Este es el resultado de las fechorías de Bertin.

[1] « Este baston y el cayado que le acompaña fueron sacados de una gruta, hoy casi inaccesible situada en el valle de Orotava, en las cercanías de la aldea del Realejo. » (*Hist. nat. des îles Canaries.*)